

# ¿QUÉ ESTAMOS APRENDIENDO DE LA CRISIS EN LA IGLESIA CHILENA?

P. Marcelo Lamas  
Morales, CSV\*

## Resumen:

Este artículo aborda la crisis de la Iglesia chilena generada por los casos de abuso sexual, de poder y de conciencia, la manera cómo se han abordado y de qué modo se puede hacer una interpretación de las causas que lo han originado. Esta crisis va más allá de los abusos. Se experimenta que hay una cultura y una estructura eclesial que, lejos de llevar a la práctica la teología de Concilio Vaticano II y el Magisterio del Papa Francisco, han favorecido el clericalismo, la autorreferencialidad y las espiritualidades elitistas y narcisistas. La invitación es a asumir responsablemente nuestra pertenencia gozosa a la Iglesia, esforzándonos por dar un testimonio de vida coherente y proponiendo a nuestras comunidades caminos de sanación y renovación que permitan, que Jesús sea el centro de nuestra Iglesia la cual está siempre llamada a servir a los excluidos y marginados de la sociedad.

Palabras clave: Iglesia, crisis, abuso, conversión, discernimiento

\*\*\*

\* Es superior provincial de los Clérigos de San Viator en Chile. Es Magister en Teología (Pontificia Universidad de Comillas, Madrid) y Magister en Acompañamiento Psicoespiritual (Universidad Alberto Hurtado). Además, estudió Psicoanálisis en el Instituto Chileno de Psicoanálisis (ICHPA). Es profesor de Ética del Acompañamiento Psicoespiritual en la Universidad Alberto Hurtado. Sus principales áreas de estudio son la Teología, la Espiritualidad y el Psicoanálisis. Su interés también se desarrolla por integrar estas disciplinas, especialmente desde el ámbito de la formación a la Vida Religiosa y del acompañamiento espiritual.

La situación que hemos vivido como Iglesia chilena en estos últimos años ha sido dolorosa y difícil. Creo que aún seguimos golpeados por todo lo que hemos ido conociendo y nos vamos haciendo cada vez más conscientes, de la manera como lo hemos enfrentado y del cómo nuestra Iglesia puede ser más fiel al Evangelio. Nos hemos sentido muy tristes por el sufrimiento causado a las víctimas, hemos experimentado vergüenza y desilusión por el modo negligente y pasivo de acompañarles. También nos ha irritado, en algunos casos, la poca celeridad en el desarrollo de los procesos canónicos que debieran haber liderado los superiores de las congregaciones y obispos de las Iglesias locales.

Reconocemos que la problemática de los abusos es un flagelo mundial, cuyas causas tienen profundas raíces sociales, culturales y psíquicas. Sabemos que la mayoría del abuso sexual infantil se produce al interior de las familias y un gran número de sus victimarios son personas conocidas por la víctima. En Chile, en el año 2018<sup>1</sup>, las denuncias por delitos sexuales ante la Fiscalía Nacional observa-

ron un significativo aumento de un 24,81% con respecto al período anterior, lo que significa un total de denuncias ingresadas de 28.132 delitos. De este total, el 71,36% de las víctimas son menores de 18 años. Algunos estudios indican que sólo aproximadamente un 15% de las personas llegan a denunciar<sup>2</sup>.

El abuso sexual cometido por personal eclesiástico, y que se ha extendido en diversas zonas geográficas, es aún más grave, ya que traiciona la vocación y misión a la cual se nos ha llamado a vivir y testimoniar. No sólo lesiona la dignidad de la persona, provocando profundas heridas psíquicas, sino que también daña la propia experiencia de fe de la víctima. El consagrado se aprovecha de su poder, autoridad y status social para abusar de los más indefensos y vulnerables.

## 1. ¿Qué le ocurrió a la Iglesia chilena?

En este último siglo la Iglesia chilena se ha caracterizado por una marcada preocupación por el anuncio del Evangelio de Jesu-

<sup>1</sup> Ver Fiscalía Nacional de Chile, Boletín estadístico anual 2018.

<sup>2</sup> Ver Fundación para la confianza, “Encuesta: Prevalencia del abuso sexual infantil en la Región Metropolitana”, Santiago de Chile, 2018.

cristo, por la cuestión social y por la promoción y desarrollo integral de cada uno de las/os hijas e hijos de esta tierra.

Una constante de la Iglesia chilena ha sido suscitar, entre otros aspectos, el compromiso y la formación de los laicos, potenciar los ministerios laicales, el diaconado permanente y el diálogo con la cultura, la política, la ciencia, el sindicalismo y el compromiso en variados grupos sociales, entendiéndolos como espacios privilegiados de evangelización.

Hubo un gran interés por aplicar e integrar en la vida eclesial tanto el magisterio del Concilio Vaticano II, como las enseñanzas de las Conferencias de Medellín y Puebla. Hubo obispos, sacerdotes, religiosas/os y laicas/os muy comprometidos con el mundo popular, con una opción por los pobres muy nítida y honesta y con una identificación total con las angustias y esperanzas de los grupos más vulnerables y marginados. Paralelamente, se encontró en Chile a otra Iglesia, más preocupada de la educación de las élites; más espiritualista y aliada a sectores con mayor poder social, político y económico.

Los diecisiete años de dictadura, entre los años 1973 y 1990 marcaron, sin duda, a nuestro país y a nuestras comunidades. Laicas/os, religiosas/os, sacerdotes y obispos se entregaron en la defensa de los perseguidos exigiendo el respeto a los derechos humanos, y la recuperación de un estado democrático, algunos inclusive, hasta dar la vida. Fue una Iglesia profética, valiente, que entendió que vivir el acontecimiento de la Pascua de Jesús era luchar por mantener la esperanza en reconstruir un país fracturado y estar del lado de los sufrientes y excluidos.

El retorno a la democracia, evidentemente supuso un antes y un después. Recuerdo el símbolo de cierto cambio de paradigma en la comprensión de la Iglesia jerárquica, frente a lo que estaba ocurriendo en Chile: la carta del Cardenal Monseñor Carlos Oviedo, arzobispo de Santiago, "Moral, juventud y sociedad permisiva", (marzo de 1991) fue el paso de la preocupación por lo social a la preocupación por lo sexual; aunque es una carta en que se mencionan problemas de corrupción política y económica, el texto, en la mayoría de sus párrafos,

quería llamar la atención sobre el relajamiento moral en la sociedad chilena.

Hoy nos cuestiona enormemente que figuras que estuvieron al lado de víctimas, de las violaciones a los derechos humanos y cercanos al mundo de los pobres, hayan provocado heridas muy profundas en algunos fieles, al haber cometido abusos sexuales y de poder. También nos repugna, que personas que predicaron y exigieron a sus fieles el cumplimiento de los principios y normas morales católicas en la vivencia de la sexualidad, abusaran de la conciencia y del cuerpo de niñas/os y jóvenes.

¿Cómo se entiende esta grave incoherencia y contradicción? ¿Es una cuestión solo de fragilidad? ¿Son solo deslices morales? ¿o hay un tipo de ser Iglesia que genera las condiciones estructurales para cometer estos abusos? Son preguntas que intentaremos responder en el desarrollo de este artículo.

En estos últimos quince años, la Conferencia Episcopal estuvo preocupada por seguir animando la vida eclesial e iluminar la vida de nuestra patria en diversos te-

mas; dialogando de igual a igual con los poderes del estado, para defender las posturas de la moral católica en materias de regulación de la natalidad, aborto, matrimonio homosexual, etc. También hubo pastores que siguieron denunciando las desigualdades sociales y la falta de oportunidades especialmente para los pueblos originarios, las mujeres y los jóvenes.

Tengo la impresión de que algunos obispos, poco a poco, fueron perdiendo la capacidad de sintonizar, acompañar y comunicar adecuadamente su propia lectura de los signos de los tiempos, con lo que iba brotando en la sociedad chilena. La repercusión e influencia social de la Conferencia Episcopal ha ido decreciendo, sobre todo, a partir de la crisis de abusos.

La aparición en la opinión pública del caso Karadima (2010) y la sumatoria de casos<sup>3</sup> de abuso

<sup>3</sup> Al ser un fenómeno tan complejo, no es fácil contabilizar con exactitud el número de sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos y laicos denunciados y el tipo de delito que se denuncia. A 1 de enero de 2019, la Conferencia Episcopal de Chile ha publicado que existen 10 sacerdotes diocesanos, 7 sacerdotes religiosos, 1 diácono en tránsito y 1 diácono permanente, condenados en el ámbito civil por delitos contra me-

sexual, de poder y de conciencia, marca también, un antes y un después en la Iglesia chilena. Los casos de abuso se vienen registrando a nivel público aproximadamente desde el año 2002, y la mayoría de ellos son situaciones ocurridas entre los años 1960 y 1990. Pero el caso Karadima es emblemático; porque desde la parroquia que él dirigía, surgieron más de cuarenta vocaciones sacerdotales y cinco obispos y por construir un modelo pastoral y sacerdotal centrado en su figura

---

nores de edad. Hay que recordar, que muchas denuncias ya están prescritas en el ámbito civil. La misma Conferencia Episcopal indica además que existen 2 obispos, uno diocesano y uno de un Instituto Secular, 16 sacerdotes diocesanos, 10 sacerdotes religiosos y 1 diácono en tránsito que han sido condenados canónicamente por delitos contra menores de edad (ver. <http://www.iglesia.cl/prevenirabusos>).

Por otra parte, la red de sobrevivientes de abuso sexual de Chile, en abril de 2019, publicó un recuento de denuncias que conforman a más de 230 personas, entre ellas, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos. También abarcan todo tipo de delitos sexuales, incluido el encubrimiento.

Durante el año 2018, la Fiscalía Nacional ha llevado a cabo 144 investigaciones distintas sobre casos ocurridos desde el año 1960, en donde están involucradas 158 personas. De estas investigaciones 36 se encuentran vigentes con diligencias pendientes y 108 concluyeron por diversos motivos (ver. <http://www.fiscaliadechile.cl/Fiscalia/archivo?id=34549&pid=14941&tid=2&d=1>)-

abusiva, autoritaria, clericalista, moralizante y elitista.

Han agudizado esta crisis las otras caras del abuso: el silencio, el encubrimiento, la negligente gestión de los procesos canónicos, así como, la dificultad para acoger, escuchar y acompañar a las víctimas.

## 2. ¿Cómo hemos enfrentando la crisis de los abusos?

Es reconocido mundialmente el modo como la Iglesia abordó y enfrentó durante décadas los abusos sexuales. Se trasladaba a los victimarios de un lugar a otro, pensando que era posible realizar una “cura geográfica”. Hubo más preocupación por evitar el escándalo público y cuidar la imagen de la institución, que por acoger, acompañar y reparar a las víctimas. En algunos casos se expulsó a los sacerdotes y miembros de los institutos religiosos, pero no hubo la preocupación de denunciarlos ante la justicia, sabiendo que era posible que volvieran a cometer estos ilícitos.

En el caso chileno, hubo víctimas a las cuales no se les creyeron inicialmente sus relatos. En otros casos, aunque había noticia

de que los consagrados habían abusado, se esperaba la denuncia formal, desconociendo lo que el derecho canónico indica<sup>4</sup>. Tampoco estaba la costumbre de informar públicamente la recepción de la denuncia o el inicio de una investigación previa para favorecer la transparencia, la verdad y justicia. No solamente se negó en ciertos casos la realidad del abuso sexual, sino que se abordaron sin la conciencia de la herida que deja un abuso y de las consecuencias para la salud mental y la vida de fe de las víctimas.

Hay que reconocer que en los últimos años hubo palabras, intenciones y acciones de la Conferencia Episcopal y de los superiores de Congregaciones religiosas tratando de reparar el daño y sufrimiento ocasionado. En el año 2003 la Conferencia Episcopal redactó el primer protocolo para enfrentar estas situaciones y fue actualizado en el año 2011. En el año 2015 se publicó un documento llamado: *“Cuidado y Esperanza. Líneas Guía de la Conferencia Episcopal de Chile para tratar los casos de abusos sexuales a me-*

*nores de edad”*. A partir de estas líneas guía se inició, en toda la Iglesia chilena, un importante proceso de formación en prevención de abuso y creación de ambientes sanos para todas/os los agentes pastorales y personas que estén en contacto con niñas/os, jóvenes y adultos vulnerables. En este mismo año, la Conferencia de Religiosos de Chile publicó el documento: *“Normas y procedimientos en caso de acusaciones de cualquier naturaleza en materia eclesial contra religiosos y religiosas”*.

Sin embargo, pareciera que todo este esfuerzo no ha sido suficiente. Las heridas siguen abiertas en las víctimas y en la comunidad eclesial. Luego de estas primeras publicaciones se volvieron a repetir negligencias, faltas de cercanía y compasión hacia las víctimas y una excesiva preocupación por cuidar el buen nombre de la institución.

Luego de la visita del Papa a Chile en enero de 2018 y de los acontecimientos que han sucedido posteriormente, debo reconocer los nuevos e importantes esfuerzos y compromisos<sup>5</sup> de la Conferencia

<sup>4</sup> El c. 1717 del CIC obliga al Ordinario del lugar a hacer una investigación previa siempre que reciba la noticia de un posible delito, la cual puede llegar por denuncia, notoriedad de los hechos o cualquier medio de información.

<sup>5</sup> Declaración, Decisiones y Compromisos de los Obispos de la Conferencia Episcopal de Chile. Conclusiones de la

Episcopal en materias de prevención, el modo de acompañar a las víctimas y enfrentar las denuncias de abuso de nuestras/os hermanas/os. Sé que es difícil ser autoridad hoy en la Iglesia. A veces siento a algunos obispos un tanto asustados, retraídos; sin un liderazgo claro.

No es fácil la conversión del corazón y el discernir de nuevas formas de relacionarnos con la sociedad, entre nosotras/os y especialmente en el modo de situarse junto al Pueblo de Dios; tampoco la manera de acompañar a las niñas/os, adolescentes y adultos vulnerables.

Debemos seguir en estado de oración, como nos propuso el Papa Francisco, para hacer el esfuerzo de cumplir los compromisos en materias de prevención, y con docilidad, dejarnos iluminar por el Espíritu, para reconstruir una nueva forma de ser Iglesia.

### 3. ¿Cómo interpretar esta crisis que va más allá de los casos de abuso?

Las cartas<sup>6</sup> del Papa Francisco a los obispos y al Pueblo de Dios

116<sup>a</sup> Asamblea Plenaria Extraordinaria de la CECh. Punta de Tralca, 3 de agosto de 2018.

<sup>6</sup> Una buena edición de estas cartas se encuentra en el libro: Bergoglio, J., *Las*

que peregrina en Chile son una gracia de Dios. Son, sin duda, una profunda ayuda a nuestro discernimiento y a nuestra interpretación de lo que hemos vivido como Iglesia.

El Papa explica en estas cartas las posibles causas de este flagelo y el modo de enfrentarlo y superarlo. Es una mirada teológica-espiritual que cuestiona, pero que a la vez consuela. Un enfoque que nos desinstala y desestructura, pero también nos muestra que, al seguir fielmente a Jesús crucificado y herido, encontramos el camino de sanación de nuestras propias heridas y las claves para alcanzar la transformación comunitaria que anhelamos.

El planteamiento que hace el Papa, lo hace sintiéndose perteneciente a un Pueblo que peregrina en esta tierra. Él no habla situándose por encima del Santo Pueblo fiel de Dios, como hermosamente él lo llama; sino que él discierne desde las voces, testimonios y clamores de tantos fieles que han sufrido los abusos y que oran y trabajan por construir una nueva Iglesia.

Son numerosos los laicos que nos han dado testimonio de lu-

*cartas de la tribulación*, Sal Terrae, Santander, 2018.



cha, en contra de la cultura del silencio y del encubrimiento. Son numerosas las mujeres y jóvenes que expresan su fidelidad a Jesucristo en medio de una Iglesia herida y llagada. Yo espero que esta herida, sea la herida que provoca el dolor por las víctimas, la vergüenza y rabia por la traición a su consagración de sacerdotes y religiosos. No esa herida narcisista, que surge porque la opinión pública ha perdido la confianza en nosotras/os o porque nuestra imagen eclesial está trizada y cuestionada.

Para el Papa, la principal causa de la crisis de nuestra Iglesia es que hemos perdido el centro vital. El problema es hondamente teológico. No hemos sabido mantener o hemos olvidado el fundamento de nuestra fe y de nuestra vocación. Hemos suplantado a la persona de Jesús y hemos colocado en ese lugar, no solamente nuestro pecado como dice Francisco, sino también nuestros deseos y necesidades narcisistas y egocéntricas.

Lo que Francisco llama auto-referencialidad es colocar al centro de la vida eclesial, el status que supone nuestra consagración, nuestro rol, nuestro cargo. Es en

el fondo buscar el placer y la gratificación que supone el tener y el poder, que obviamente no es usado para servir; y eso nos puede pasar a todas/os.

El conflicto entre las necesidades y valores, hace que no gastemos la energía en servir con sencillez y humildad a nuestras hermanas/os y en identificarnos con el Reino, al modo de Jesús. Empleamos así la energía para buscar protagonismo, admiración, dinero, prestigio y fama. Nos gloriamos de transformarnos en el “ideal del yo” de las personas y grupos que nos siguen o que se someten a nuestros deseos y planteamientos. Este estilo de vida, de ejercer nuestra vocación, genera una pérdida de nuestra fuerza profética y de nuestra credibilidad. Eso es traicionar la naturaleza de nuestro bautismo y de nuestra consagración.

Junto a lo anterior, el Papa pone sobre la mesa la problemática de una “psicología de élite”. Esta psicología, cito textualmente: genera “dinámicas de división, separación, “círculos cerrados” que desembocan en espiritualidades narcisistas y autoritarias en las que, en lugar de evangelizar, lo importante es sentirse



especial, diferente de los demás, dejando así en evidencia que ni Jesucristo ni los otros interesan verdaderamente (EG 94). Mesianismo, elitismos, clericalismos, son todos sinónimos de perversión en el ser eclesial...”<sup>7</sup>.

En referencia a lo que plantea el Papa, subrayo que, hay un elemento que puede pasar desapercibido en la reflexión y análisis sobre lo que pasa en la Iglesia y que ya mencionaba en párrafos anteriores. El tema de los abusos no es solo una cuestión de fragilidad y de falta de autocontrol de los victimarios. No podemos quedar satisfechos advirtiendo que el abusador tiene un trastorno de la personalidad o una psicopatología; lo anterior no explica suficientemente el fenómeno. El problema es que hay en un cierto modo de ser Iglesia, una estructura<sup>8</sup> que permite y que genera

<sup>7</sup> Carta a los obispos de Chile, 15 de mayo de 2018.

<sup>8</sup> Algunos rasgos de la práctica de esta estructura se puede apreciar en: el ejercicio absolutamente vertical del poder sin participación de la comunidad; discursos conscientes e inconscientes de control y dominación, especialmente a través de una visión deshumanizante de la sexualidad; considerar que el sacerdocio es una vida de mayor santidad y perfección; imponer una verdad moral sin diálogo con otras visiones antropológicas; fomentar el silencio, la obediencia ciega, evitando la confrontación y la revisión de la vida; cuando los creyen-

estos abusos. Y esto lo plantea el Papa a la Iglesia chilena:

“Los problemas que hoy se viven dentro de la comunidad eclesial no se solucionan solamente abordando los casos concretos y reduciéndolos a remoción de personas; esto —y lo digo claramente— hay que hacerlo, pero no es suficiente, hay que ir más allá. Sería irresponsable de nuestra parte no ahondar en buscar las raíces y las estructuras que permitieron que estos acontecimientos concretos se sucedieran y perpetuasen”<sup>9</sup>.

Tengo mis dudas con respecto a, que todos los consagrados tenemos plena conciencia, de que se requiere un cambio, en el modo de ejercer nuestro ministerio y construir Iglesia. Hay una tendencia generalizada, de si-

tes arrebatan el lugar de Cristo, buscando protagonismo, admiración, poder y prestigio; cuando se cuida más la imagen personal y de la institución que enfrentar con verdad los problemas, pecados y delitos; la vivencia de una espiritualidad que favorece el sometimiento a la autoridad sin una actitud crítica y desde una falsa teología de la cruz evita el conflicto y exige soportar un sufrimiento que es consecuencia de un abuso.

<sup>9</sup> Carta a los obispos de Chile, 15 de mayo de 2018.

tuarse por encima de los demás, de manera un tanto arrogante y distante. Hay consagrados que están más preocupados por la imagen que de generar procesos de conversión pastorales y comunitarios reales. Una cosa es el discurso, la declaración, y otra cosa es pasar a las acciones, estilos y criterios que estén en comunión con el Evangelio y el magisterio del Papa Francisco.

#### 4. ¿Cuáles son los caminos de futuro que nos pueden ayudar a superar esta crisis y recuperar la confianza en la Iglesia?

A continuación, ofrezco algunas pistas que pueden ayudarnos a asumir nuestra responsabilidad y a construir una nueva forma de ser Iglesia.

1. Reconocer con sinceridad y en verdad nuestros límites, pecados y delitos. Nos dijo el Papa en su visita a Chile: “La conciencia de tener llagas nos libera de volvernos autorreferenciales, de creernos superiores”<sup>10</sup>. Para ello será importante dialogar frecuente

<sup>10</sup> Discurso del Santo Padre a los sacerdotes, religiosos/as, consagrados/as y seminaristas, Catedral de Santiago de Chile, 16 de enero 2018.

monio damos como cristianos desde nuestras diversas formas de vida y cómo nos relacionamos con los demás. A veces se denota resistencia en la Vida Consagrada al hablar de ciertos temas, negando nuestras propias problemáticas y heridas.

2. Fortalecer nuestra opción preferencial por los más pobres, cultivando nuestra dimensión mística y profética, haciendo nuestras las causas de los postergados y excluidos de nuestra sociedad. La Iglesia chilena, aunque debe enfrentar la crisis que vive al interior de ella y en su relación con la sociedad, debe renovar la misión de anunciar a Jesucristo y su Evangelio, especialmente en las periferias geográficas y existenciales, ofreciendo una alternativa ante la política del descarte y de la marginación.
3. Profundizar en el estudio del fenómeno del abuso sexual en todas sus dimensiones. Se hace necesario conocer acerca de los tipos de abuso, la personalidad del abusador, los signos y factores que nos pueden indicar que nos encontramos ante una relación abusiva, cuál debe ser la actitud de los ter-

ceros, quienes están llamados a denunciar y revelar conductas impropias y constitutivas de delito. Cuando una persona comienza a mostrar acciones y actitudes inadecuadas e impropias de su ministerio que dañan a otros, su idoneidad vocacional debería ser cuestionada y en aquel momento, discernir si está capacitado para continuar con la forma de vida con que se ha comprometido.

4. Ahondar en el conocimiento y aplicación de las orientaciones en materias de prevención, protocolos y ética ministerial. Hasta hace poco se daba por hecho que por ser consagrados nuestra conducta era siempre ética. Para ello será importante continuar recibiendo la ayuda de especialistas de diversas disciplinas, de las ciencias sociales, jurídicas y salud mental, que nos ayuden a elaborar adecuadas orientaciones y normas para la creación de ambientes sanos y de un estilo pastoral ético.
5. Abordar seriamente los itinerarios de discernimiento vocacional y formación. Nos seguimos encontrando con jóvenes

que no han sido correctamente evaluados en su estructura de la personalidad, con señales contra-indicativas para una vocación religiosa; con candidatos que han sido aceptados después de haber hecho experiencias en diversas congregaciones o seminarios diocesanos y que los superiores no han solicitado informes correspondientes. Las/os formadoras y formadores están poco preparadas para acompañar procesos que permitan a los jóvenes trabajar sus heridas, carencias y fragilidades. Esto genera procesos inconclusos, conflictivos e insuficientes para consolidar una vocación.

6. Integrar sanamente nuestra dimensión afectiva-sexual. Este, sigue siendo un aprendizaje de la vivencia de nuestra pulsión sexual y del hermoso don de la castidad. A veces se aprecia una ignorancia peligrosa en el conocimiento de nuestro propio cuerpo y del mundo emocional; reprimir y compensar de manera impropia el dolor de la renuncia no ayudan a vivir con alegría la vocación. Junto con ello debemos volver a preguntarnos cómo entende-

mos y afrontamos las “homosexualidades” en la Vida Religiosa y en el sacerdocio.

7. Generar métodos de supervisión pastoral. Se mantiene la tendencia de asumir un encargo pastoral con una actitud de “señor feudal”, evitando el trabajo en equipo y tomando decisiones muy verticalmente. Sería muy interesante, que al interior de nuestra comunidad hubiera espacios de supervisión y diálogo en torno al modo de relacionarnos y a las dinámicas que de manera inconsciente pueden estar buscando solo gratificación egocéntrica y narcisista. Esto, ayudaría a dejarnos evaluar y acompañar, especialmente por los hermanos laicos.
8. Suscitar la sinodalidad en la misión compartida con los laicos. Necesitamos preguntarnos cómo vamos generando y pro-

piciando una pastoral más sinodal, horizontal, participativa, con mayor protagonismo de la mujer y de los jóvenes. Se hace necesario ejercer la autoridad y la toma de decisión en comunión con otros, superando todo clericalismo y elitismo al interior de nuestras comunidades.

Finalmente, expreso mi deseo de mantener una actitud y una lectura de fe frente a lo que vivimos como Iglesia y Vida Religiosa. A veces, también yo me he sentido golpeado y abrumado, pero tengo la convicción de que el Pueblo de Dios y las comunidades, cuando encuentran espacios sanos, horizontales, donde existe libertad de expresión y está presente una mirada abierta y equilibrada de la realidad, ellas/os vuelven a confiar. Oremos para que esta experiencia pascual nos purifique y nos haga coherentes y fieles al Evangelio.